

## **Transparencia y humanismo**

**Fernando Gil Villa**  
**Universidad de Salamanca**  
**España**

### **1. El asedio del secreto**

La ocultación es una de las estrategias más usadas por los seres vivos para la supervivencia. La pacificación social y la cultura democrática de los últimos siglos, sin embargo, vienen a limitar su uso individual y colectivo de una forma cada vez más evidente. A ello se une otra circunstancia. La vida moderna, y en especial la urbanización, hace necesaria cierta discreción para salvaguardar tanto la seguridad como el funcionamiento del sistema. Pero la irrupción de las nuevas tecnologías de la comunicación durante la mundialización, con su transformación del tiempo y el espacio, sirven de vehículo a los impulsos de transparencia, un vehículo guiado por el piloto del narcisismo y egolatría culturales, heredero de la cultura del individualismo. Las redes sociales son un buen indicador de la popularización de la expresividad, con sus múltiples consecuencias en todos los niveles. Algunos analistas de la psicología del secreto se muestran contundentes en este sentido: “Hoy vivimos en plena orgía de desvelar nuestros secretos más personales, incluso con micrófonos y cámaras de televisión. El mercado de la opinión pública reclama nuevos secretos, y parece ser que siempre está dispuesto a cubrir esta demanda” (Temprano 12).

En casi todas las instituciones el secreto pierde fuerza, en parte por la propia reestructuración que sufren a lo largo de la modernidad, especialmente en lo que tiene que ver con la distribución del poder en su seno. Los secretos de familia tienen menos sentido cuando la familia se fragmenta en múltiples variantes algunas de las cuales son unipersonales. La regla de oro consistente en no airear los trapos sucios, de acuerdo con la expresión popular, queda gráficamente comprometida si atendemos al fenómeno de las denuncias intrafamiliares, tanto de padres a hijos como de hijos a padres.

La propia Iglesia católica, sin duda una de las instituciones cuya autonomía se ha definido tradicionalmente por un funcionamiento poco conocido, ha tenido algunos gestos inusitados en los últimos tiempos, abordando medidas de transparencia en materias como la pederastia y los presupuestos. No deja de ser curioso que el mayor impulso a esta nueva línea política venga precisamente de un pontífice que pertenece a una orden religiosa, los jesuitas, caracterizada históricamente por su atracción hacia el secreto.

Los secretos profesionales no escapan a la tendencia. Para percatarnos, basta con que ciñamos la observación a las recetas, tomadas como caso paradigmático. La prescripción médica escrita y firmada con una letra incomprensible es sustituida por la digital. La alfabetización sanitaria completa la evolución al dotar al paciente de un conocimiento básico sobre las enfermedades más comunes y los principios activos de los medicamentos que las combaten. En el ámbito culinario, la elaboración de algunos platos tradicionales se basaban en ingredientes o procesos celosamente guardados por las familias –pensemos en la chicha en Perú-, algo que se rompe cuando la familia deja de ser una unidad de producción para ser una unidad de consumo y sus productos se comercializan en establecimientos especializados –como las chicherías- que sufren inspecciones administrativas. Incluso en oficios tan supuestamente artesanales o artísticos como la escritura, asistimos a una explosión de talleres, publicaciones y software que divulgan las técnicas cuyo resultado, la obra literaria, era concebida como algo mágico, un producto rodeado de un aura de misterio.

Por último, los secretos de Estado quedan más expuestos que nunca a las filtraciones periodísticas. El sistema es más vulnerable que nunca porque la seguridad nacional o internacional, como razón que justifica el secreto de la información, es cada vez más difícil de usar. El famoso equipo de wikileaks, compuesto de jóvenes expertos en redes revelaron secretos de los Estados más poderosos a los medios de comunicación basándose en un lema que usan los jefes de aquellos en sus discursos: “un mejor orden

mundial es posible”, uno en el que “nadie podría basar su poder en la ocultación de conocimientos a otras personas” (Domscheit-Berg 15). Tanto la ciencia como la democracia tienden a definirse en función del eje axiológico de la transparencia.

En efecto, si distinguimos, simplificando, dos grandes depósitos de secretos, uno gestionado por la naturaleza y otro gestionado por los seres humanos, vemos cómo la ciencia va desalojando a las creencias religiosas y su correspondiente estela de misterios como explicación del funcionamiento del mundo a lo largo de la época moderna. Hasta las regiones más imprevisibles donde gobierna el caos obedecen a patrones que serán descubiertos en el futuro porque no están manejados por genios o azares sino por variables y conexiones bien conocidas. El peso teórico de la incertidumbre, introducido por la física cuántica, no parece afectar al sistema de creencias, y en concreto a la que insiste en que Dios no juega a los dados, según la famosa expresión de Einstein. La guerra contra el secreto no sólo gana batallas al invertir cada vez más recursos en el ejército de científicos. La epistemología que los anima desde la retaguardia también contribuye. “No hay más ciencia que la de lo oculto”, nos recuerda Bourdieu retomando a Bachelard, y añade: “Pero lo oculto –y es ahí donde el zapato aprieta- es de un tipo completamente particular: se trata, con frecuencia, de un *secreto* –que, como ciertos secretos de familia, no quieren ser revelados- o, mejor aún, de algo *reprimido*, en especial en lo que concierne a los mecanismos o a las prácticas que contradicen demasiado abiertamente el credo democrático” (93-94). Según esto, el científico social debe sospechar *a priori* de todo secreto porque éste es el mecanismo favorito de los poderosos para reproducirse socialmente.

Mientras se vacía el depósito de secretos de la naturaleza crece el que gestionan los humanos. De hecho, se produce un trasvase. Los conocimientos físicos permiten entender y recrear reacciones que pueden destruir el mundo. La gestión de estas fórmulas se maneja con sigilo en un principio, pero al final es imposible detener la corriente de divulgación, vulnerar los derechos fundamentales a la hora de seleccionar

los alumnos que van a estudiar en las universidades de los países más desarrollados, de ahí el aumento de la vulnerabilidad ante el terrorismo internacional. Asoma aquí ya el potencial conflictivo de la transparencia. Pero, en realidad, dicho potencial desborda el plano de la catástrofe, se instala silenciosamente en los terrenos de la cotidianeidad. Ello se debe a que, una vez que el secreto está gestionado por personas, debe atenerse a una estricta supervisión. Conviene hacer una breve reflexión sobre este concepto.

## **2. Confianza por supervisión**

A medida que aumenta la complejidad, el sistema necesita de más confianza, entendida básicamente como un mecanismo destinado precisamente a reducirla, pero al mismo tiempo de más desconfianza (Luhmann 55). Se comprende la paradoja si pensamos en que pasamos de la confianza ciega a otra basada sometida a supervisión constante. Si compro un electrodoméstico, seguramente su funcionamiento será para mí un secreto. Ahora bien, cuando lo pongo en marcha, mi confianza en que no falle está rodeada de ciertas garantías. Es precisamente ese nuevo tipo de confianza, basada en la desconfianza y sometida a la supervisión, la que hace perder fuerza al secreto. En cualquier momento puedo exorcizarlo, convocando al técnico o estudiando personalmente su mecanismo.

En el origen de esta tendencia, la dimensión económica estimuló la revisión de las cuentas como una condición indispensable para el crecimiento. No obstante, el modelo exigía un alto grado de discreción como condición indispensable para llevar a cabo las transacciones. Tuvo que ser entonces la evolución del sistema político, la depuración de las democracias liberales representativas, la que, a la postre, está impulsando de forma definitiva la tendencia al resto del sistema social.

En general, la acentuación de la supervisión se comprueba en algunas de sus notas, como el sentido en el que discurre o su profundidad. En efecto, no se fija sólo o principalmente en el subordinado, o en una de las partes, sino también en el controlador.

Además, lo supervisado debe poder supervisarse en una escala de recursos e instancias que dotan al proceso de una complejidad mayor, lo que implica un mayor gasto de tiempo y de energía.

La cuestión está en discernir el potencial conflictivo de la supervisión. Para ello podemos valernos del recurso del juego de palabras, pensándola como super-visión o visión superlativa. En este caso, nos estaríamos refiriendo a la posibilidad de conocer mejor la realidad al tener los instrumentos y conocimientos necesarios para poder contemplarla desde más ángulos. También a las versiones diferentes que ofrecen los actores de un mismo acontecimiento, como sucede con los medios de comunicación. Son conocidas las respuestas optimistas, como la de Vattimo, que recuperan la parte de la corriente nietzschiana que celebra el relativismo fijándose en sus activos de enriquecimiento, de opciones múltiples que permitirían materializar la libertad. Precisamente, lo que aporta el concepto de posmodernidad, en esta lectura, es que la idea de que la humanidad avanza hacia una meta o ideal, con arreglo a un plan racional previsto por la gente, es un mito, pura ilusión. Más bien, lo que habría –algo en lo que influyen de forma determinante los medios de comunicación- es una sociedad cada vez más compleja y caótica, pero no más transparente, lo cual sería bueno para “nuestras esperanzas de emancipación” (Vattimo 78).

Sin embargo, el cuarto de siglo transcurrido desde que el autor italiano publicó esta interpretación, no parece muy empeñado en avalarla, algo que no debería sólo a los movimientos oligopólicos que tienen lugar en la práctica en los escenarios nacionales y transnacionales de los medios de comunicación. Más bien se percibe cierta incapacidad de nuestros contemporáneos para entablar una relación relajada y placentera con la complejidad de miradas y la consiguiente dificultad de orientarse en la vorágine de interpretaciones.

De esta forma, acaban confluyendo las dos vertientes de la supervisión en una misma conclusión negativa. Por una parte, la espada de Damocles que supone la

amenaza, siempre presente, de estar potencialmente expuestos una nueva evaluación, la cual se complementa con el estrés que conlleva a su vez la continua supervisión de las actividades de los otros, necesaria para garantizar su desarrollo correcto no sólo desde el punto de vista legal sino también ético. Por otra, la tensión e incertidumbre que aporta la mirada poliédrica de la realidad, autoimpuesta o impuesta por los media y las nuevas tecnologías de la información. En el primer caso, la judicialización de la vida social demuestra con claridad una conflictividad que antes se resolvía en ámbitos concretos como la familia, la escuela o la empresa, centralizándose ahora en un sector especializado que a su vez se fragmenta en diversos subtipos de magistrados dedicados a ámbitos específicos. Recordemos que el secreto habría cumplido tradicionalmente un efecto pacificador. Pensemos en la ruptura de parejas. Su número aumenta, en lo que a nuestra discusión se refiere, debido, en primer lugar a que disminuyen los secretos entre sus miembros, y por ende, el necesario distanciamiento y disimulo sin el cual, como expuso Simmel, es imposible mantener el equilibrio y el encanto en las relaciones íntimas (365).

Los juicios y sus versiones inferiores, cualquier *affair* con la justicia, cuyo número aumenta exponencialmente, constituyen el punto álgido del drama. Ahora bien, para que éste tenga sentido, como en toda obra, la tensión necesita un valle donde recargarse en una especie de calma chicha. Y es justamente ese contrapunto el que aporta la sensación de que con tanta supervisión se frena el avance. Los veloces viajeros de la modernidad tardía, tan acostumbrados al cambio social, acaban siendo conscientes, de alguna forma, de que supervisar es regresar al pasado, y de que cuanto más se entretienen en las supervisiones menos avanzan. El estancamiento presentado conecta entonces con las sensaciones que generan la aludida visión superlativa de la realidad, cuando también, con esta última, parece que nunca llegamos a nada, que cada nueva información sobre una cosa, persona o acontecimiento, no es sino otra de las infinitas capas que se le pueden colocar encima o se pueden averiguar debajo, tal y como sucede

con los filtros a los que podemos someter las fotografías. En todo caso, el secreto se convierte en un obstáculo, ya sea por el arduo trabajo de supervisarlos cuando de gestionarlos se trata, ya sea porque no estamos preparados para digerirlos en las sobredosis que nos impone la sociedad de la información.

### **3. Humanismo: entre la transparencia y el secreto**

El sistema cultural –y dentro de él, más específicamente, el sistema educativo– refleja los avatares del secreto pero es, además, el lugar idóneo para intervenir en el caso de que acordásemos reequilibrar la situación actual entre la transparencia y el secreto, una vez detectados los excesos que pueden estar produciéndose en la primera.

El término humanidad suele ser concebido como un referente vago opuesto que sirve para separar a los seres humanos de los animales, con la finalidad, normalmente, de dotar en la comparación a los primeros de connotaciones de superioridad. En la actualidad, si comparamos a los animales humanos con los no humanos desde la primera perspectiva, la conclusión recién mencionada podría invertirse, al menos si la centramos en la relación que establecen con la naturaleza. En ese terreno, no sólo somos mucho menos respetuosos que los animales sino que además nuestros actos les repercuten, haciéndonos responsables ante ellos. Y en lo que refiere a las relaciones que los no humanos tienen entre ellos, es cierto que la mayor parte están marcadas por el conflicto y la predación, pero tampoco aquí parece haber grandes diferencias si las ponemos en relación, salvando las distancias, con las que exhibimos dentro de nuestra especie entre las distintas posiciones sociales. La desigualdad social es tan grande que millones de humanos perecen cada año por causa del hambre, enfermedad, conflictos armados, delincuencia o como consecuencia de *daños colaterales* –según la expresión usada por Bauman (2011)– provocados por la organización del sistema social. Por tanto, si quisiéramos dotar de un sentido lógico al concepto de humanidad, con el fin de mejorar en la comparación con los animales no humanos, este no podría ser otro que el

de la paz. Pensemos que en el Diccionario de Autoridades, se asocia a benignidad y apacibilidad. La humanidad *debería* venir marcada, por tanto, por el carácter pacífico de las acciones de las que se deriva.

La inevitable competencia que surge entre las personas cuando se relacionan, dada por la diferencia que existe entre ellas, debería dotarse de unos límites razonables que le impidieran disminuir todo lo posible la estigmatización y la exclusión social. El reto de la educación sería justamente lograr este objetivo: socializar en la convivencia pacífica de las diferencias y en el aprovechamiento de la energía que resulta de ella, al contrario de lo que ocurre en la situación actual, donde la violencia salta a la vista en la superficie del sistema educativo y del sistema social, como si fuera la consecuencia imprevista de una tensión acumulada en su interior. Aquí y ahora, la diferencia se canaliza más por fuentes negativas como la frustración, la envidia y el resentimiento que por la solidaridad, la inclusión y el bienestar.

Repensando la asociación entre el secreto y la diferencia, tenemos una pista para reconducir la educación del futuro de la humanidad. El respeto a las otras personas, entendidas en su dimensión inagotable y sorprendente, sólo se logra si conseguimos extraer el lado positivo del secreto, si conseguimos vivir la vida como sorpresa dentro de ciertas condiciones de seguridad basadas más en la confianza en las personas que en la confianza en la supervisión, la cual fomenta, en el fondo, la desconfianza en las personas. Pero eso necesita de todo un aprendizaje.

Para fortalecer la confianza en las personas se requiere una educación basada en la humanidad entendida como compasión, la cual, a su vez, debe entenderse no desde la perspectiva nietzschiana de la debilidad, que justifica una doble ética para una escisión social entre superiores e inferiores. Como nos recuerdan ciertas autoras, “no es extraño que algunos antiguos denominaran a la compasión sencillamente humanidad, para dar a entender así la peculiaridad de este sentimiento; y ello hasta el extremo de que, a quien carece de él, le llamamos *inhumano*” (Poch y Vicente 89). Así pues, el espectáculo de la

lástima no puede ser confundido con la moral de la compasión (Riechmann 72). Tal vez porque, como sugería Oscar Wilde, la propia moralidad no es otra cosa que compasión (194).

Tal valor debe presidir la relación pedagógica si pensamos que educar en la compasión como humanidad es posible simplemente escuchando y comprendiendo al otro dentro de esa relación; insertando en ella el testimonio de los excluidos como parte de los problemas sociales, para compartir sus experiencias y provocar la empatía. A través de la “ética de la compasión y el cuidado” debemos conectar la pedagogía con la sociología de la vulnerabilidad humana, la cual afecta a jóvenes, ancianos, mujeres, inmigrantes y a un conjunto de grupos que definen en realidad la mayor parte de la sociedad en esta etapa del capitalismo y de la modernidad en la que nos encontramos. La línea que separa la exclusión de la vulnerabilidad es cada vez más delgada (Gil Villa, 2016). En una línea parecida se expresa el citado Riechmann cuando se plantea avanzar hacia “una igualdad/diferencia que desborde los límites de la especie humana” (72).

#### **4. Las virtudes del secreto y su reflejo en el lenguaje**

Evidentemente, una cultura que aspire a desmitificar la transparencia, no debería caer en el peligro contrario, el de cultivar una educación tradicional donde el calificativo de humanística queda reducido al esoterismo, un instrumento muy tentador para crear desigualdades culturales que a la larga se transforman en desigualdades sociales. Es bien conocida la crítica de Veblen al ideal arcaico de clase ociosa y estéril transmitido por la educación tradicional de las humanidades, así como el desplazamiento que estas últimas sufren en la época moderna ante el empuje de las ramas de conocimiento que favorecen “la eficiencia productiva” (396). Sin embargo, estos comentarios no pueden ser tan celebrados por los habitantes del siglo XXI, una vez que contamos con la perspectiva suficiente para ver el agotamiento de ese modelo económico y social, que aflora en etapas de graves recesiones y malestar generalizado de la población, de

crecimiento infeliz que hace necesario explorar el camino del decrecimiento feliz (García Camarero 107). Como puede leerse en la Carta abierta de la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca sobre las Humanidades de 2009, “Los humanistas intentamos (...) proporcionar a todos los miembros de la sociedad los recursos para vivir una vida inteligente, autónoma y placentera, sin necesidad de obnubilarse con consumismos y sustancias enajenantes” (Llovet 385-386).

La ambigüedad entre la confianza y la desconfianza a la hora de reducir complejidad, registrada, tal y como hemos propuesto, en el *pathos de la distancia* respecto a las cosas y los seres que pueblan con nosotros el mundo, y en cualquier clase de interacción que establezcamos con ellos, corre paralela a la ambivalencia del secreto y la necesidad de estar muy atentos para interpretar su lado emergente en cada caso. Es necesario enseñar a detectar y desvelar los “secretos de familia” usados por algunos agentes en su posición de autoridad para distribuir injustamente los recursos públicos, comenzando por el propio poder. Pero se puede también mostrar el mundo no tanto como un contenedor de secretos a vaciar cuanto como un universo mágico inagotable; hacer salir de la penumbra aquello que se siente, como dice Proust (1998 226). Es en este sentido que puede concebirse la obra de arte, como arte de desvelamientos, si bien que infinitos. Pues en ellos reside el “único y verdadero” goce (1998 223).

La actitud proustiana ilustra la función del secreto como medio para lograr cierto bienestar o felicidad, comprendidas, al menos dentro de cierta tradición occidental, como algo relativamente independiente del balance entre materialismo y posmaterialismo de cada época. Los ejemplos abundan entre literatos y poetas, siendo por consiguiente la historia de la literatura, así como la creación literaria, dos materias claves para una propuesta educativa humanística en el siglo que corre, que, en todo caso, debería corregir el desequilibrio a favor del “pensamiento calculador” frente al “meditativo”, por usar términos clásicos del debate provenientes de Heidegger. Se trataría de dedicar una parte del tiempo a analizar las cosas y personas que nos rodean

desde el punto de vista no sólo científico sino emocional, personalizándolas por tanto, dotándolas de cierta autonomía y contenido trascendental opuesto a la promiscuidad posesiva a la que tiende la transparencia. Es así como Proust, cuando entra en su habitación, la ve en realidad como algo extraño. Más que suya, es un lugar poblado por materiales vivos cuya vida depende tanto del recuerdo de quienes allí los colocaron con cierta intención como de las relaciones que establecen en ese momento y que podemos imaginar si nos ponemos en el papel de espectadores curiosos pero respetuosos. Esas cosas, aclara el autor francés en clave heideggeriana, “evidentemente no habían sido puestas allí para la utilidad de alguien”, pero llenaban el cuarto “de una vida silenciosa y diversa, de un misterio en el que mi persona se encontraba a la vez perdida y hechizada”. Y añade: “convertían aquella habitación en una especie de capilla” (Proust, 2013 24). Queda así definido el lado trascendental, o si se quiere espiritual –que no religioso-, que conlleva el secreto y que hoy está en una de sus horas más bajas, a consecuencia de una educación basada en el pragmatismo materialista, en la orientación de logros supervisados continuamente, en la racionalidad utilitaria económica que impone su criterio de inculcar la mayor parte de conocimientos y destrezas en la menor unidad de tiempo, algo lógico dentro del esquema general que concibe la educación como inversión en capital humano para lograr aumentar las rentas individuales y nacionales, por encima de la felicidad y el bienestar de las personas.

A efectos de nuestra argumentación, da lo mismo que *Gelassenheit* se traduzca como serenidad que como liberación. A las cosas tecnológicas debemos decirles, si adoptamos esta postura vital, que sí, porque su uso puede ayudarnos a vivir mejor, pero al mismo tiempo que no, “en la medida en que rehusamos que nos requieran de modo exclusivo”, doblegándonos, sacándonos de nosotros mismos (Heidegger 28). Los otros son siempre El Otro, alguien que, como lo tecnológico, nunca se domina del todo y al que al mismo tiempo hay que tener un poco a raya para que no nos domine.

Es en ese mensaje de equilibrio entre la confianza y la desconfianza, a través de la lectura de Heidegger, el que permite imaginar un ajuste estructural-funcional en el dilema luhmaniano que reduzca la complejidad introduciendo componentes personales, pero ahora aportados más por el sistema educativo que por relaciones de tipo familiar. Repensar el secreto como llave del respeto hacia los demás supone interpretar la dignidad no como honra o reputación basada en las apariencias y en el respeto de la moral pública, sino de forma alternativa a la ideología manipuladora y egoísta que genera agradecimiento para mantener la superioridad social.

En las relaciones humanas mediadas por la tecnología se observa con claridad cómo la dignidad queda rebajada hasta convertirse en un sucedáneo al depender de la novedad. Se conoce a alguien a través de internet y el misterio que le rodea inyecta un re-encantamiento del mundo. Pero es momentáneo porque enseguida se pone en marcha la investigación directa o indirecta que acabará generalmente, en el mejor de los casos, en el desinterés, y en el peor, en la desilusión. En internet, el secreto queda reducido a la manipulación de la verdad.

El impacto de las TIC en el lenguaje puede evaluarse con el criterio de las consecuencias de la transparencia como ideal en la psicología colectiva tardomoderna caracterizada por el bucle depresivo del nihilismo. Más allá del debate sobre las vicisitudes que sufren las lenguas escritas y habladas con la globalización, de lo que no cabe duda es de su tendencia general hacia la simplificación, estandarización y pragmatismo. Condicionado por los soportes en los que viaja, como los teléfonos móviles, y la velocidad que exige la comunicación, tanto en el contexto cotidiano como en el laboral, parece inevitable su empobrecimiento. Que en el camino se vayan quedando algunas palabras significa que se pierde capacidad colectiva de ilusión a través del lenguaje en su función de evocación. A este respecto, Yourcenar observaba que las palabras fijadas, antiguas, en cierto modo eran mantras, y que al reemplazarlas

“por el lenguaje de todos los días, será difícil anclarlas en el alma humana, en la inteligencia y la sensibilidad (Yourcarnar 51).

Tal pérdida es cuando menos doble, porque no sólo se refiere al vocabulario sino a la riqueza de las expresiones, a los giros que toma el lenguaje y que, de nuevo, pueden equipararse a senderos alternativos para descubrir nuevos territorios inexplorados – siendo el propio camino el que permite vivenciar el secreto y el mundo como cajón abierto de secretos.

Si el secreto es el guardián de la diferencia en términos sociológicos, en la literatura se materializa en el matiz, definido por Barthes como estilo. Se comprende que la crisis sociológica del secreto corra paralela a la crisis del estilo, tal y como creía el mencionado autor. Si estamos de acuerdo en definirlo como “un aprendizaje de la sutileza”, entonces nos preguntaremos hasta qué punto la educación actual se preocupa por el mismo, lo refuerza lo suficientemente, para contrarrestar la tendencias aludidas de la comunicación telegráfica, amputada pero velocísima, que nos atrapa como una red a través de las redes sociales. Barthes concluía: “De allí la necesidad, hoy, de luchar por la Poesía: la Poesía debería formar parte de los Derechos del Hombre” (88). Pocos géneros, en efecto, se identifican tanto con el secreto como la poesía y por lo tanto con el humanismo que definen los derechos fundamentales.

Pero ni la poesía ni la lengua y la literatura, ni las lenguas extranjeras, las cuales, por cierto, reflejan mejor que la propia su naturaleza secretista, tienen un peso fundamental en el sistema educativo actual, ni en el tiempo dedicado, ni en el carácter transversal, ni en las didácticas dinámicas que exige, ni en la relación básica que debe establecer la educación formal con la no formal, y en especial con la comunitaria e intergeneracional. El objetivo de un humanismo adaptado a las democracias del siglo XXI pasa, por tanto, por una reflexión crítica sobre el concepto de transparencia.

## **5. La transparencia: un mito peligroso**

La transparencia es un mito. La realidad –incluida la democracia- nunca llega a ser absolutamente transparente, ni objetiva ni subjetivamente, puesto que siempre es posible añadir nuevas informaciones a su consideración. Es en este sentido que podemos decir que no sólo el secreto sino también su polo opuesto, la transparencia, son tan sólo medios para reducir la complejidad. Quedaría valorar, a partir de ahí, cómo con el paso del tiempo los sistemas sociales basculan sobre la confianza o sobre la desconfianza, sobre el secreto o sobre la transparencia, y en fin, sobre las consecuencias procuradas y no procuradas que esa oscilación acarrea.

En todo caso, la educación actual, según los estudiosos de la nueva organización social basada en redes de información, estaría desfasada. Heredera del modelo de la revolución industrial, sería incapaz de lograr la integración de la capacidad de procesamiento de la información y de generación de conocimientos, de ordenar los resultados de la super-visión polifacética de la realidad. Para ello “necesitamos una nueva pedagogía, basada en la interactividad, la personalización y el desarrollo de la capacidad de aprender y pensar de manera autónoma” (Castells 308).

Los principios que demanda la nueva sociedad de la información son más compatibles con un paradigma de corte humanista que con el paradigma educativo actual, es decir, con el sistema moderno de educación de masas. Nuestra “condición posmoderna” en este ámbito, si nos atenemos al informe presentado por el filósofo francés François Lyotard ante el consejo de universidades de Quebec en 1979, se basaría en la sustitución de los criterios humanistas y racionales por la revolución tecnológica y la eficiencia, en la cual, el proceso de conocimiento pasa a guiarse por la relación entre el poder político y financiero (2006).

Tampoco la realidad de la comunicación, lo que entendemos como verdad, puede llegar a ser transparente. Y ello porque la retirada del secreto, en primer lugar, lo

único que garantiza es el avance de la mentira y, en segundo lugar, supone el riesgo de asfixia, la extinción del espacio necesario para que se establezcan las relaciones entre las diferencias. Parafraseando a Simmel, las relaciones humanas corren el riesgo de extinguirse cuando la transparencia acaba con la “reserva” -con las reservas de secreto.

La transparencia puede hacer padecer a la humanidad su maldición materializándose como un cristal que se interpone entre el sujeto –o lo que queda de él, pues también en la alta modernidad el sujeto queda reducido a un mito-, y la realidad. Cuanto más transparencia se logre, más limpio quedará ese cristal y más fácil será el accidente, darse de bruces con él, como sucede con algunas puertas de cristal que no advertimos a nuestro paso. Por mucho que nos empeñemos en abrir esas puertas, siempre habrá una más que resulte estar cerrada. Como dice Octavio Paz en su carta a León Felipe, *El mundo se aclara sólo para volverse invisible*. La cuestión está en nuestra actitud negativa o positiva ante esa sorpresa, y sobre todo en la educación de esa actitud.

La transparencia más potente es como la luz más potente, llega un punto en que en vez de habilitar, ciega, en vez de abrir puertas al conocimiento y sentir de la realidad, las cierra. Existen manifestaciones diversas de este efecto devastador. “La exposición pornográfica produce una alienación del placer sexual”, observa Chul Han, quien nos recuerda un poco más adelante, siguiendo a Walter Benjamin, que “la transparencia no es el medio de lo bello” (29). Por el contrario, en su opinión, cuando las cosas se vuelven transparentes se despojan de su singularidad y se expresan en la dimensión del precio.

Una sociedad que girara alrededor de la transparencia sería una sociedad enloquecida, unidimensional, sin sombras, una sociedad compuesta por seres iluminados, es decir, tan socializados, tan sumisos a la norma, tan impolutos, sobre todo tan incorruptos, que malamente podrían definirse como cuerpos humanos. En el terreno

de la cultura moral burguesa, la blancura es sinónimo de limpieza. Obsesión por la verdad y obsesión por la higiene son variaciones del tema de la transparencia. Pero el exorcismo del polvo, que recuerda la condición negativa del ser humano, ni se resuelve del todo ni garantiza una especie con un mayor sistema inmunológico. Como decía Baudrillard, *el hombre*, no es sino un “virus irracional que altera el universo de la transparencia”, de forma que cuando sea expurgado, cuando sea eliminada “toda contaminación social y bacilar, sólo quedará el virus de la tristeza en un universo de una limpieza y una sofisticación mortales” (68).

Es posible realizar una lectura sociológica de la modernidad tardía en base a la idea descrita por Nietzsche de un nihilismo entendido como un estado de psicología colectiva en el que aumenta más que nunca la dolorosa conciencia de la “mentira” de los ideales colectivos que han guiado a la humanidad, tales como las ideologías políticas o religiosas de corte mesiánico (Gil Villa, 2009). Sin embargo, ser conscientes de estar rodeados de mentiras no acaba con las mentiras, como ser conscientes de los peligros que acechan en un paseo en la selva no acaba con ellos. El nihilismo puede ser usado como un argumento a favor del mal de la transparencia, de la desilusión a la que nos aboca la deconstrucción de toda utopía una vez que entra en contacto con la realidad, la sensación de que se cierra una puerta justamente cuando se vuelve transparente. Los peligros de este estado son bien conocidos. Pueden resumirse en el asco, el hartazón, el odio a la libertad, después de tanto esfuerzo por construirla. Sólo una sociedad que enseñe a no cansarse y no odiar el secreto puede enseñar a no cansarse y a no odiar la libertad, porque la libertad, después de todo, está compuesta en buena parte por el misterio, la magia del instinto que nos lleva a respetar a las otras personas cuando se mezcla con las construcciones sociales pacíficas y solidarias a las que da lugar.

© **Fernando Gil Villa**

### Referencias bibliográficas

- Bauman, Z., *Daños colaterales*. México: Siglo XXI, 2011.
- Baudrillard, J., *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Bourdieu, P., *Capital cultural, escuela y espacio social*. Madrid: Siglo XXI, 2011.
- Castells, M., *La galaxia Internet*. Barcelona: Plaza y Janés, 2001.
- Han, B.-Ch., *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder, 2013.
- Heidegger, M., *Serenidad*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2002.
- García Camarero, J., *El decrecimiento infeliz*. Madrid: Catarata, 2015.
- Giddens, A. *Un mundo desbocado*. Barcelona: Taurus, 2000.
- Gil Villa, F., *Nihilistas*. Madrid: Maia, 2009.
- . *La sociedad vulnerable*. Madrid: Tecnos, 2016.
- Delgado-Gal, A., Hernández, J. y Pericay, X., *La universidad cercada*. Barcelona: Anagrama, 2013.
- Liotard, F., *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 2006.
- Luhmann, N., *Confianza*. Barcelona: Anthropos, 1996.
- Llovet, J., *Adiós a la universidad. El eclipse de las humanidades*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011.
- Poch, C. y Vicente, A., “La acogida y la compasión: acompañar al otro”, en
- Mèlich, C. y Coixader, A. (coords.), *Los márgenes de la moral*. Barcelona: Graó, 2000.
- Proust, M., *En busca del tiempo perdido*. Madrid: Alianza, 1998.
- . *Sobre la lectura*. Barcelona: José de Olañeta ed., 2013.
- Riechmann, J., *Autoconstrucción*. Madrid: Catarata, 2015.

Simmel, G., *Sociología I*. Madrid: Revista de Occidente, 1977.

Temprano, E., *El poder del secreto*. Barcelona: Ariel, 2002.

Vattimo, G., *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, 1990.

Wilde, O., *De profundis y otros escritos de la cárcel*. Barcelona: Debolsillo, 1990.

Yourcenar, M., *Con los ojos abiertos*. Barcelona: Plataforma Editorial, 2008.